

El País de las Maravillas

La mala hora

[Sofía Montenegro](#) | 23/3/2011



- **Presagio**

La inscripción de la candidatura de Daniel Ortega el pasado viernes y la proclamación del jefe del ejército, Omar Halleslevens, como su compañero de fórmula aunque inesperada, tuvo el efecto de aquellos pasquines en el “pueblo de mierda” donde transcurre la novela “La mala Hora”, de Gabriel García Márquez: agitación, miedo con ira, indignación y una percepción ominosa generalizada sobre los sucesos que se avecinan. La decisión de ratificar el camino de la ilegalidad, el pisoteo a la Constitución y la concentración de poder, tuvo como preámbulo las tres leyes militaristas aprobadas en diciembre del 2010 y por medio de las cuales Ortega se autoconfirió la capacidad para manejar el país con mano militar y estado de sitio, que como se sabe, se suele invocar en caso de invasión o guerra civil. Todo el país vio a los “no deliberantes” cuadros del Estado Mayor del ejército haciendo cabildeo político para su aprobación, lo que indica que el ejército es partícipe de los planes de Ortega y que la candidatura de Hallesleven es un emblema del pacto bonapartista de los militares y su subordinación al proyecto continuista. Cobra así su pleno sentido lo dicho por el general-candidato de que “estamos dispuestos a entregar hasta la última gota de sudor y sangre porque esta sociedad continúe por el sendero que ha venido transitando”. Palabras donde la violencia aguarda agazapada y nos presagian que “el tiempo es un agujero y sabe a pólvora... se retuerce en el pellejo de la desgracia la mala hora”.

- **Constitucionalismo**

El supuesto celo del alto mando militar por su carácter no deliberante en política y sometimiento a la Constitución, se evaporó en la tarima frente al Consejo Supremo Electoral junto con la reputación del general Halleslevens, porque no se puede ser “constitucionalista” siendo fórmula de quien tiene expresamente prohibida la reelección. Constitucionalista es alguien que defiende la Constitución vigente en un Estado, así como el sistema político regulado por ese texto. La posición del hoy general retirado, indica que si no es constitucionalista hoy, tampoco lo fue antes cuando era jefe del ejército y que es lógico suponer que tampoco lo son sus lugartenientes actuales. Un solo acto ha terminado con la credibilidad de una persona y ha puesto en entredicho el de la institución de donde proviene. Atrás queda, hecha trizas, una brillante hoja de servicios desplegada bajo la simulación. No está de más señalar que Sandino surgió como héroe en la llamada Guerra Constitucionalista (1926) y que hoy quienes decían respetar y defender la Constitución, usan la norma de la traición de Moncada para los pactos políticos. "Sentí un profundo

desprecio desde ese momento por Moncada. Le dije que yo consideraba un deber morirnos o libertarnos(...) Que el pueblo nicaragüense de aquella guerra constitucionalista esperaba su libertad”, pareciera recordarle Sandino a los actuales mandos del ejército.

- **Parodia napoleónica**

Fue Marx quien observó que “la historia se repite –la primera vez como tragedia, la segunda como farsa”, al comparar el régimen de Napoleón Bonaparte con el de su sobrino Luis Napoleón, (“el pequeño”) en el 18 Brumario y que fue el artífice del fascismo moderado en el siglo XIX. De análoga manera hoy podemos decir que la actual “revolución” Orteguita es una farsa, construida sobre la tragedia de la revolución del 79. El carácter bonapartista del proyecto de Ortega se reconoce en la usurpación de las funciones parlamentarias, en el control del aparato administrativo del Estado, de la policía y el ejército, en la asimilación pasiva de sectores empobrecidos y no por último menos, en la defensa que realiza de los intereses del gran capital, mediatizando los conflictos con los trabajadores y por la cual les cobra un alto porcentaje para los negocios propios y de su camarilla. Un régimen de este tipo no desbarata de una vez las instituciones o los partidos sino que como hemos visto, los vuelve impotentes, dejando sobrevivir algunos como figuras vaciadas que disputan sus migajas y lo acompañan. Como Napoleón, el pequeño, Ortega levanta su propuesta de “Propiedad, Familia, Religión y Orden” y busca ganar al ejército, como diría Marx “con salchichón de ajo, champán y cigarros”. Pero antes de que griten como las tropas francesas “viva Napoleón, viva el salchichón”, es bueno darse cuenta que todo bonapartismo, como régimen de crisis, es transitorio y que no hay tales de “Ortega forever”.

- **Lecciones para la Nicarahiriya**

La Nicarahiriya propugnada por Ortega, debería tomar en cuenta la mala hora que está viviendo la Yamahiriya de Gaddafi. La desalmada represión contra la rebelión popular no sólo se lo está llevando en el saco, sino que le abrió la puerta a la guerra civil y a la intervención. El peculiar bonapartismo de Gaddafi no dejó nada en pie: ni instituciones, ni parlamento, ni partidos ni ejército, porque en realidad, casi desde que Gaddafi dio el golpe, temiendo que le hicieran lo mismo, eliminó al liderazgo militar que podía sustituirlo y apostó por una guardia personal. Ni hablar de ser leal a una Constitución, porque la reemplazó por una Carta del Poder Popular, de manera que el ejército no puede actuar con coherencia interna ni como una institución mediadora para decidir sobre el conflicto, como hicieron en Egipto o en Túnez. Pero con la brutal represión lanzada contra las ciudades sublevadas y su amenaza de pasar a cuchillo a todo mundo, Gaddafi se ha terminado acorralando él mismo: no hay refugio en el exterior como el de Ben Alí, ni exilio interno como el de Mubarak y su palacio ya arde en llamas. No es por el pueblo libio por el que aboga Ortega, sino por el tirano y sus secuaces, porque sabe que a los perpetradores de las matanzas los esperan los tribunales internacionales o la horca tribal. Que lo ponga en su agenda de discusión el ejército de Nicaragua.